TUCAN 12+

Historias de miedo en el faro

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

Ilustraciones de Jorge del Corral

edebé

Historias de miedo en el faro

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

Historias de miedo en el faro

Ilustraciones de Jorge del Corral

edebé

Obra finalista del Premio Edebé de Literatura Infantil
(XXIX edición)
© Daniel Hernández Chambers, 2022
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria
© Ilustraciones: Jorge del Corral, 2022

© Ed. Cast.: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, febrero 2022

ISBN: 978-84-683-5607-5
Depósito legal: B. 17957-2021
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo uno

El foco tardaba un minuto exacto en realizar un giro completo, y su luz, al desplazarse, parecía derramarse como miel, o melaza, y rasgaba la oscuridad para mostrar lo que había oculto tras ella. Miriam pensó que quizá nada de aquello existía, que cuando llegaba la noche el mundo dejaba de existir y solo la luz lo creaba de nuevo al iluminarlo.

¿Sería eso verdad?

En el pequeño bote, con un motor de escasa potencia que gruñía más que rugir, había espacio justo para ellos cuatro y sus mochilas. Miriam, su primo Lorenzo, Sebastián, al que todos llamaban Bastián, y Lucía. Todos llevaban una mochila con algo de comida,

el pijama, linternas, una toalla y un saco de dormir.

Había sido Lorenzo el que había tenido la idea y había convencido a los otros, aunque lo cierto era que no había sido nada difícil que se apuntaran. Casi siempre se apuntaban a todo, en especial si implicaba saltarse alguna norma, hacer algo prohibido.

El plan consistía en decir, cada uno a sus padres, que pasaría la noche en casa de otro, Lorenzo en la de Bastián, Lucía en la de Miriam, Bastián en la de Lorenzo y Miriam en la de Lucía. El permiso estaba garantizado, pues los padres se conocían entre sí y no era la primera vez que los chicos quedaban para dormir. El segundo paso era reunirse después en el Callejón del Gato, cerca de la playa, coger el bote del padre de Lorenzo, amarrado en la franja de arena, y hacerse a la mar sin que nadie los viera. El tercero era llegar hasta el islote del faro y pasar la noche allí. Para ello, Lorenzo se había encargado de

asegurarse de que había suficiente combustible en el motor. Sabía manejar la diminuta embarcación, porque a menudo su padre lo llevaba con él a pescar y pasaban largas horas antes de regresar a tierra firme.

De la cuarta parte del plan también se había ocupado Lorenzo: su padre era el guardián de las llaves del faro. Ya no había farero propiamente dicho, todo funcionaba mediante automatismos y temporizadores, solo era necesario que, de vez en cuando, alguien revisara el correcto funcionamiento del foco y la maquinaria.

Pasarían la noche en el faro, solos, en medio del mar, en un islote cuyas dimensiones no eran mucho mayores que las del salón de sus casas. Conque estuvieran de vuelta a primera hora, todo iría bien.

No habían contado con el hecho de que el mar comenzaría a agitarse mediada la tarde, y habían cometido la imprudencia, digna de aventureros de tres al cuarto, de no echar un

vistazo al parte meteorológico para las próximas horas. Sin embargo, todavía la situación no era tan mala como para que no pudieran alcanzar el islote, aunque algún susto y varias salpicaduras sí se llevaron.

Ninguno sugirió aplazar el plan, dejarlo para otro día, otra noche, porque no les quedaban muchas más noches por delante. El verano se acababa, con esa rapidez con que llega el final de todo lo bueno. Lucía, Miriam y Bastián abandonarían el pueblo junto a sus familias para volver a Madrid, Pamplona y Burgos, respectivamente. Solo Lorenzo pasaba todo el año allí. Ocurría siempre igual, desde que hacía tres veranos se habían hecho amigos los dos primos de los otros dos: al principio las vacaciones parecían no tener fin, las jornadas eran poco menos que eternas y el tiempo se aquietaba hasta casi detenerse; pero, de pronto, el anuncio de la marcha estaba a la vuelta de la esquina y las despedidas les encogían el estómago, se lo

anudaban y retorcían, dejándolos vacíos por dentro durante días.

No, no aplazarían la excursión nocturna al faro. Aquella era su noche, y las expectativas secretas de cada cual eran infinitas.

Llegar al islote les llevó más de lo que habían previsto, por el oleaje en contra y porque el motor que los impulsaba era más bien de juguete, pero llegaron. Mojados, pero llegaron. Bordearon la costa hasta su vertiente este, donde una pequeña ensenada de arena y roca protegida por un malecón artificial servía de atracadero. Bastián y Lorenzo saltaron al agua cuando la profundidad era ya escasa, y tiraron de la proa del bote. Miriam y Lucía bajaron las mochilas y a continuación entre los cuatro arrastraron la embarcación tierra adentro. Lorenzo la amarró con varios nudos marineros a unos hierros instalados allí con ese propósito, detrás de una agrupación de rocas que servía de parapeto contra las olas

si estas eran lo bastante grandes para saltar por encima del malecón.

Desde ese punto, unos peldaños labrados en la propia piedra conducían en un leve zigzagueo hasta el muro que rodeaba el faro. Había una primera puerta que Lorenzo abrió con la más pequeña de las llaves que había cogido de casa; después cinco nuevos escalones y la segunda puerta, la que daba acceso al interior del edificio.

La llave giró en la cerradura, aunque por un instante pareció no servir de nada, la puerta no cedió al tirón de Lorenzo. Bastián sujetó el pomo y tiró también, los dos a la vez. Entonces oyeron un chirrido, el del metal oxidado raspando contra otro metal, y la puerta basculó hacia fuera y ellos cuatro pasaron adentro.